



77 MELIDA

# PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO.

Madrid 23 de Diciembre de 1877.

NÚM. 4.

AÑO I.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**  
DIRECTAMENTE A LA ADMINISTRACION, trimestre, 10 rs.; semestre, 18.—  
EN CASA DE LOS CORRESPONSALES, trimestre, 12 rs.; semestre, 22.  
ULTRAMAR Y EXTRANJERO: semestre, 36 rs.; un año, 70.

ADMINISTRACION: CALLE DE SAN MARTIN, LIBRERÍA DE PERDIGUERO.

## ADVERTENCIAS.

- 1.ª La Administracion de LA GACETILLA acusará recibo de los pagos de suscripcion, que se hagan por carta, en la seccion de correspondencia inserta en la cuarta plana.
- 2.ª Para pago de suscripcion sólo se admitirá en sellos el pico ó fraccion que no alcance á una peseta.
- 3.ª Las letras y libranzas deberán venir expedidas á favor del Administrador de LA GACETILLA, sin necesidad de expresar el nombre y apellido.
- 4.ª Los señores suscritores pueden remitir los originales que gusten para su insercion en el periódico, pero sin tener derecho en ningun caso á reclamar su devolucion.
- 5.ª LA GACETILLA se ocupará en su seccion bibliográfica de toda obra de que se la remita un ejemplar.
- 6.ª Toda la correspondencia se dirigirá en esta forma:

APARTADO N.º 77.

Sr. Administrador de LA GACETILLA.

MADRID.

## EXPLICACION DEL GRABADO.

La Puerta Pia de Roma, marcada hoy por las balas piemontesas lanzadas contra la ciudad santa por el Galantuomo, fué levantada con sujecion al proyecto del insigne Miguel Angel, bajo el Pontificado de Pio V, y entre su ornamentacion merecen atencion especial las magnificas estatuas de Santa Inés y San Alejandro, esculpidas por un artista famoso del Renacimiento.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Y habrán dicho nuestros lectores, ¿pero cuando publica LA GACETILLA la revista de la semana que nos ha prometido? Pues aqui la tienen ustedes.

La aparicion de LA GACETILLA, asunto para nosotros importantísimo, como pueden ustedes suponer, nos ha tenido tan ocupados y tan preocupados, que no nos ha dejado punto de reposo ni un momento para dar á usted-

des á conocer la revista de la semana, que en este momento tenemos el honor de presentarles.

Por lo demás, desde el dia 13 no ha ocurrido en la coronada villa cosa de particular que distraiga la atencion pública, como no sea la publicacion de LA GACETILLA, que como ustedes ven es un periódico bonito, moral y divertido, y perdonen ustedes la franqueza.

Aparte de esto, en Madrid no pasa nada, absolutamente nada, y los madrileños sólo pensamos en lo que pasará por motivo del matrimonio de S. M., es decir, de las magnificas fiestas con que se celebrará el fausto acontecimiento.

Por manera, que hoy únicamente se habla de grandes revistas militares, corridas de toros con caballeros en plaza, de funciones gratis en los teatros, de músicas, de

iluminaciones, fuegos artificiales, carreras de caballos, cucañas y otros regocijos.

A más de esto, hoy anima y alegra el alma de todos y cada uno de los vecinos de Madrid, la esperanza de que les caerá el premio gordo por lo ménos, y de que se hartarán de pavo y de turron en la próxima Pascua, época la más antipática para mí, porque no se piensa más que en comer.

Ha ocurrido otra novedad. El estreno del drama *El Escalvo de su culpa*, original de un poeta sevillano, que le ha ganado entusiastas ovaciones y los elogios de los críticos.

Según unos, su autor, el Sr. Cavestany, es una esperanza para el género dramático; según otros, una realidad. La verdad en su punto: el Sr. Cavestany es algo más que una esperanza y algo ménos que una realidad; y cuidado, que nosotros

Finalmente; en el dia de hoy ha ocurrido un acontecimiento importantísimo; la publicacion por LA GACETILLA de su primera revista de la semana, que acaban ustedes de leer.

Antes de dejar la pluma,  
Pero apelando á los versos,  
Os felicita en las Pascuas  
Y en la entrada de Año Nuevo,  
Vuestro afectísimo amigo  
Que se firma

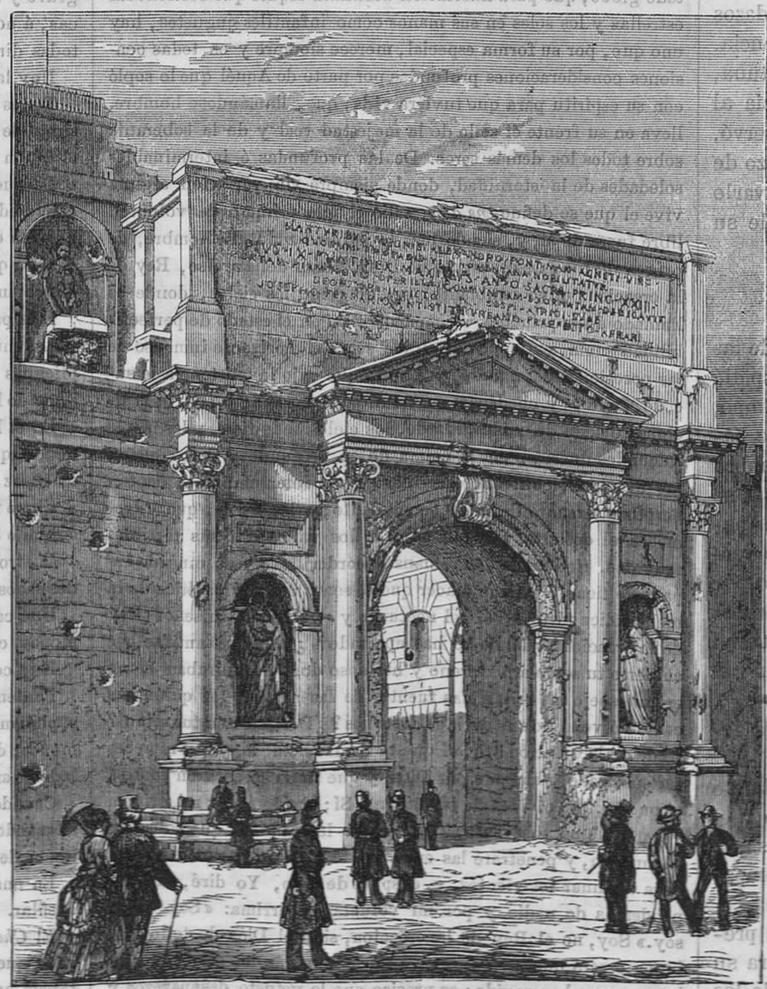
EL REVISTERO.  
**LA REINA PASTORA.**

(LEYENDA)

Bajo el reinado de la emperatriz Irene vivía en Constantinopla un hombre tan ilustre por la nobleza de su alcurnia como eminente por la perfeccion de sus virtudes.

Hereditario de cuantiosas riquezas, habitaba en uno de los más santuosos palacios de la capital del Oriente. Era visitado por los grandes de la corte y honrado con la alta estimacion de la reina madre.

Ese hombre era Filaretó. Desposado con una princesa de la corte, tan noble y virtuosa como él, pasaba su vida haciendo el bien. Modesto y humilde, en medio de las fastuosas apariencias que lo rodeaban, Filaretó habia rehusado aceptar las grandes distinciones que le habian sido mil veces ofrecidas en la



ROMA.—LA PUERTA PIA.

corte de Constantinopla. Amaba la vida oscura, tranquila y sobria, y toda su ambicion estaba cifrada en servir á Dios en la persona de los menesterosos.

Jamás el peregrino tocaba en vano su puerta en demanda de un techo hospitalario; jamás el pobre imploraba en vano su socorro; jamás dejaron de estar abiertas sus arcas para acudir en auxilio de toda obra de misericordia. Su palacio era el refugio de los indigentes, y su mano el tesoro de los necesitados. La numerosa servidumbre que mantenía, ántes estaba destinada al servicio de los pobres que á la satisfaccion de las escasas necesidades de los dos austeros esposos que vivian con poco en medio de la abundancia.

## II.

Dios no permite que sus siervos vivan mucho tiempo en la prosperidad. Como se purifica el oro en el crisol, gusta de templar la virtud en la fragua de la tribulacion. No es difícil servir y bendecir á Dios mientras regala con la abundancia de sus dones; el verdadero amor es aquel que resiste á la prueba del sacrificio y que bendice resignado y contento la mano que lo hiere. La virtud se enerva en medio de la felicidad; para fortalecerse há menester del tónico amargo de la desgracia.

Por eso Filareto no tardó en ver oscurecerse el horizonte risueño de su vida y desvanecerse, como la nube de polvo que levanta el viento en el camino, toda su pasada felicidad.

Una esposa idolatrada habia sembrado de encantos su existencia y bordado de flores el camino de su dicha. Pero, compañera de sus gozes, ¿no habia de serlo de sus lágrimas? Todo contratiempo le habria sido con ella soportable, y la desgracia habria perdido en su compañía la mitad de su amargura.

Dios comenzó por separar de su lado esa mano amorosa que habria podido mezclar con miel las heces del cáliz que le preparaba. Una violenta enfermedad la arrebató en la flor de sus años, dejándole en herencia una hermosa hija, viva encarnacion de sus virtudes y recuerdo perenne de su belleza y de sus gracias.

Filareto derramó abundantes lágrimas sobre la tumba prematura de su esposa; pero soportó resignado el golpe que tan profunda herida abria en su corazón. El llanto es el bálsamo que el mismo Dios ha deparado al hombre para curar las llagas del alma, como su mano prouidá envia la lluvia para refrigerar la tierra agostada.

Si esta desgracia no fué parte para producir la desesperacion en el corazón de Filareto, ninguna otra podia hacer vacilar su virtud, porque lo más amargo del cáliz de la vida es la separacion eterna de los seres que han identificado su suerte con la nuestra, que son pedazos del corazón y partes integrantes de la propia existencia.

A esta desventura, siguióse la pérdida de la fortuna, cayendo poco á poco de la cumbre de la opulencia al abismo de la miseria. De todas sus riquezas no conservó, al fin, más que una pobre casa de campo y un retazo de tierra, donde se vió obligado á retirarse para cultivarlo con sus propias manos y fecundarlo con el sudor de su frente.

## III.

Aproximábase la triste estación de las lluvias y de las largas veladas cuando Filareto dejó su palacio, despidió su servidumbre y tomó el camino de la casa de campo, situada á dos horas de Constantinopla. Un techo de bálago la cubria, y árboles frondosos le prestaban sombra amiga y deleitosa. Una corriente de aguas cristalinas se deslizaba mansamente por entre las yerbas, á pocos pasos de la solitaria estancia. Un campo cubierto de verdura se extendia detrás de la habitacion, teniendo por linde una pintoresca colina, rica en pastos y en arbustos silvestres, que daban reparado abrigo á bulliciosa turba de canoras avecillas, que ensordecian el aire con sus gorjeos matinales.

Tal era la rústica morada donde Filareto y su hija debian pasar ignorados los dias de su vida.

El mundo es de suyo olvidadizo, y desde que Filareto cayó en la miseria, fueron su patrimonio el olvido y el desprecio. La ingratitud fué el pago de los beneficios que prodigaba á manos llenas, y la soledad la única compañera de su nueva situacion.

El pan era escaso en su mesa y su alimento era preparado con el producto de su huerto. El trabajo era su entretenimiento, y su goce más puro la cosecha de los frutos de la tierra.

Antes que blanquease el firmamento con las primeras luces de la alborada, Filareto habia dejado su duro lecho, y sus bueyes estaban uncidos al corvo arado que abria los surcos del sembrado. Cuando las sombras de la cercana noche comenzaban á extenderse sobre la llanura y la colina, volvia á su estancia para reparar sus fuerzas con el frugal alimento de una parca cena que le tenia aderezada su tierna y graciosa hija. Entrada ya la noche, padre é hija rezaban de rodillas las oraciones de la tarde para dar gracias á Dios de los beneficios recibidos de su mano bienhechora durante el dia que acababa de terminar; y contentos, y con la paz en el alma, y con la más dulce tranquilidad en la conciencia, cerraban sus ojos halagados por el sueño de los justos.

Dios, que jamás deja sin compensacion los males de la vida, habia deparado á Filareto el consuelo de una hija digna de él.

María frisaba apenas en los doce años de su edad. El cielo habia sido con ella pródigo de sus dones. Era angelical su hermosura, encantadoras sus gracias, celestiales sus virtudes. Eran delicadas sus facciones, su alba tez era delicadamente sonrojada por el rubor; era candoroso el mirar de sus ojos, en los cuales se reflejaba la inocencia de su alma, y sus finos cabellos caian en ondas sedosas hasta tocar su cintura.

María pastoreaba los ganados de su padre durante el dia, y en las primeras horas de la noche devanaba con el huso el vellon del cordero ó zurcía con su aguja los vestidos burdos de su padre, hasta que sus ojos eran vencidos por el sueño.

Filareto y María vivian contentos en su morada de soledad y de trabajo. Habian cambiado sus ricos vestidos por los sencillos del campesino y los artesonados palacios por una cabaña de bálago; pero en cambio sus corazones disfrutaban de un sosiego más dulce, y eran sus dias más serenos, y sus noches más tranquilas. Si de vez en cuando los recuerdos del pasado venian á golpear á la memoria de Filareto, María los disipaba con su sonrisa de ángel y con sus palabras de filial cariño.

La caridad no se habia agotado en el corazón del antiguo servidor de los pobres. En medio de su pobreza continuó haciendo limosnas considerables, imponiéndose toda clase de privaciones.

## EL REY DE LA CREACION

Entre los hermosos seres que circundan el anchuroso y dilatado globo, que para habitacion destinara Aquél que sostiene las estrellas y los soles en sus manos como infantiles juguetes, hay uno que, por su forma especial, merece siempre y en todas ocasiones consideraciones profundas por parte de Aquél que le sopló con su espíritu para que tuviera vida; que, llamándose hombre, lleva en su frente el sello de la majestad real y de la soberanía sobre todos los demás seres. De las profundas é interminables soledades de la eternidad, donde siempre sin variacion alguna vive el que se define *ens á se*, salió el acto primero de voluntad libre fuera de sí, y, siendo luz, lo iluminó todo. El hombre, de origen divino, descendiente de Dios, Señor del Paraíso, Rey de la creacion, cuyo semblante, sereno como los cielos, donde es llamado á ser príncipe, se encuentra así en el estado de perfectibilidad suma, extiende su mirada sobre el horizonte inmenso de las posesiones del mundo, y todo lo que bajo la existencia le sucede, suyo es y obedece á su voluntad soberana; y con la fruicion y deleite de quien procede, los cielos se le rien, y los mares iracundos duermen en la calma de su profundo y dulce sueño; las avecillas, con sonoros trinos jamás interrumpidos, cantan perpétua serenata de su reconocimiento; y las fieras, que estremecen el desierto y hacen temblar los valles con sus terribles mugidos, ríndensele como mansos corderillos, y su mugido espantoso tiene el mismo placer que el sentimental y patético de la melancólica tórtola ó el del nocturno y arrebatador ruiseñor. ¡Rey de la creacion! ¿dónde te has apartado? ¿Con qué antifaz has cubierto tu semblante sereno y hermoso donde se miraban como en un espejo las cristalinas fuentes de las aguas? ¿A quién has cedido ó vendido tus divinos derechos? ¿Dónde están tus reinos? ¡Rey de la creacion! tú, el que te llamas hombre, y que mereces ser ensalzado y alabado por Dios, y que tiene su corazón junto á tí puesto, ¿te olvidas de tu origen? Si; olvidome de mi origen, y haré que mi soberanía se extienda á los mundos que sobre mí se mueven, y penetraré las entrañas de la tierra, y volaré en alas para dominar los vientos, y, después de todo, Yo diré, sin dependencia de nadie y por mi voluntad libérrima: «Soy quien soy.» Soy, no el Rey de la creacion, sino el Dios de todo; mi imperio será omnipotente, y ya no se moverán los astros por las leyes que se han regido; es preciso que lo vetusto desaparezca y que reconozca yo el hombre que sólo yo creé y formo con mi

libre voluntad. ¡Rey de la creacion, fuiste en sublime trono puesto! ¡Hombre, descendiste á la categoría de los esclavos! Levántate, Rey de la creacion.

S. G. M.

## COSTUMBRES ORIENTALES.

### El matrimonio druso.

Vais á ver una boda en el Líbano...

Jamás habia reparado en la gran algazara que se mueve alrededor de los que se casan.

El momento no me parece el más á propósito.

El matrimonio es lo mejor ó peor de este mundo.

La desgracia viene sin que se la llame, y no se debe espantar á la felicidad.

Las verdaderas alegrías son de ordinario mudas, como si encontraran más expansion en su silencio.

Pero hay que tomar parte en costumbre tan universal como ridícula: regocijémonos, amables lectoras:

Los melancólicos scitas sólo se alegraban á la muerte de sus amigos.

Es una idea demasiado seria para que se propagase.

Quememos pólvora; alumbremos con antorchas los misterios más dulces de nuestra existencia.

Otras reflexiones me hacia yo cuando era jóven....

A un cuarto de legua de Ain-keri, nuestra hospedería, encontramos la vanguardia del cortejo nupcial, compuesta de seis jóvenes que llevaban capuchones leonados con adornos de colores vivos. Bailaban y cantaban como enajenados, y disparaban tiros á cada momento, ya sucesivamente, ya todos á una.

Los músicos venian después con los patriarcales instrumentos que sólo el Líbano ha conservado. Unos tocaban las siete cañas; otros flautas de palo rosa, acompañados de trompas con la concha vuelta hacia atrás; los más jóvenes hacían sonar la chirimía y la cítara. Los niños, descalzos, llevaban el compás con las manos en la tirante piel del pandero, ó golpeaban en los sonoros címbales.

A estas melodías mezclaba frecuentemente sus notas el tambor tártaro.

Una especie de enano patizambo y jorobado, vestido de corpiño, mitad rojo y mitad verde, jubon averiado de algun señor feudal, corria entre los grupos botella en mano y un vaso en la otra, dando de beber á todos, animando á los activos y excitando á los perezosos.

Seguian, de tres en tres, con antorchas, representando el emblema de las abrasadoras llamas del amor conyugal, treinta amigos de la desposada, á quienes nosotros llamamos guardia de honor.

Los corifeos del acompañamiento entonaban himnos amorosos, mientras otros repetian en coro estrofas alternadas como los refranes de nuestras canciones populares, llevando el compás con la mano.

Los jóvenes precedian á los ancianos del pueblo, que por su grave y lento paso, me hubieran parecido una reunión de patriarcas, á no verlos disparar tiros con pistolas á cada instante y en todas direcciones.

Hoy la pólvora es el símbolo del poder y de la alegría.

Todos estos venerables del Líbano iban á pié y llevaban el signo de la paz bajo la forma de pipa, con la caja de tierra roja, el cañon de jazmin y la boquilla de ámbar.

Después venia un hermoso brido árabe ricamente enjaezado, conducido del diestro por dos hombres, que agitaban cada cual una tea encendida, cuyo fuerte resplandor se reflejaba en un bullo blanco, que se sostenia sobre la silla. Un gran tapiz, cuyas puntas caian hasta el suelo, cubria el paquete blanco.

Este paquete era.... la novia.

Las mujeres de Constantinopla hacen del velo lo que quieren; pliegues más ó menos claros, ocultando lo que les acomoda, enseñando lo que les agrada, dejando adivinar el resto.

En el Líbano, la novia va tan herméticamente cerrada en el manto, que no se la ven ni aun las formas. Ni su mismo amante es capaz de conocerla.

Cinco mujeres, y otros tantos hombres, rodeaban el caballo, cargado con tan precioso fío.

Cuatro odaliscas, montadas en soberbias mulas, llevaban grandes sacos que contenian las galas de la desposada.

Una caterva de viejas, con las caras arrugadas y hociocos de monas, cerraba el acompañamiento.

Esta costumbre es pintoresca al par que ridícula.

Poniendo el índice sobre los labios y con los dientes apretados, soplaban la vetusta concertista con toda la fuerza de sus pulmones; de modo que producian un ruido tan estridente, que á su lado es armonioso canto el de las cigarras.

Cuando pasó delante de nosotros este coro de brujas, soplaban abusando tanto de sus facultades, que nos atronaron los oídos en honor de los recién casados.

En una altura que dominaba el sendero estuvimos viendo desfilan.

El Cheik y su hijo, que nos acompañaban, nos hicieron señas para que nos uniéramos á ellos; pero, les seguimos á corta distancia agrupados en columna cerrada.

Al cabo de una hora los jefes mandaron hacer alto.

Callaron los tambores, se extinguió el sonido de las trompetas, y la voz de las femeninas cigarras se ahogó en la formidable descarga de mosquetes, espingardas, fusiles y pistolas.

El eco repitió, redoblando de montaña en montaña, tan terrible estruendo.

Una salva parecida se oyó á lo lejos. Enfrente de nosotros, al otro lado del valle, vimos grandes hogueras y antorchas que corrían de un lado para otro. Una terrible gritaría y un tumultuoso movimiento de gente que venía hacia nosotros, hirió nuestros oídos.

Ambos grupos se unieron en el fondo del valle, como dos torrentes que se precipitan por la pendiente de opuestas montañas, uniéndose á sus pies.

Hubo algunos instantes de indescriptible confusion, un cambio de gritos y detonaciones capaz de despertar á los muertos.

Las trompetas tocaban sonatas, los tambores batían marchas, las viejas daban al aire sus agudos silbidos.

Impasible, muda, en la gran silla de damasco que cubría la mitad de su caballo negro, asistía á esta escena la desposada sin dar la menor señal de emocion.

Idolos hay de madera ó de piedra que no conservan indiferencia tan apática, oyendo las oraciones de los que las adoran.

Reunidos los dos cortejos en la misma ruta, mezclando de tiempo en tiempo los tiros con su alegría, un santon con turbante blanco pasó á nuestro costado mirando con piedad los locos regocijos, como hombre completamente separado de todos los mundanales desvarios, vanos y pasajeros.

Llegamos á casa del novio. La fiesta comenzó en el patio, que apesta á olor de cocina, lo bastante para saciar al druso más hambriento.

Hervían con estrépito la ternera y el arroz en grandes calderos que se podían escalar con las pilas de melones, sandías y quesos perdidos al través de laberintos de frutas, entre los arroyos de leche que se abrian paso por las montañas de pollos, pavos y corderos, tostados lentamente en asadores de madera, delante de las fogatas.

El divan era pequeño para contener tan gran número de convidados, y de los que sin convidarles nadie habían venido á divertirse, con la esperanza fundada de recibir buena y abundante hospitalidad en casa de los novios.

Los personajes y próximos parientes fueron introducidos en el comedor por el padre de familia, que repartía los asientos, como en el festin de las bodas del Evangelio. Los demás quedaron fuera.

El tiempo estaba apacible y la atmósfera alumbrada por grandes hogueras, cuyas llamas destacaban sus vacilantes lenguas entre la opaca verdura de los árboles.

A lo largo, colgadas en la pared, una respetable coleccion de pipas de largos mástiles, adornados con cintas bordadas de flores de oro en trama de seda, figuraban como requisito amistoso, prestado por los propietarios de la vecindad.

El patio, lleno de gente, presentaba un espectáculo de extraña animacion, de indescriptible variedad. Los hombres con sus hermosos trajes y sus mejores armas, formaban pintorescos grupos, como los soldados en el vivac. Más lejos los caballos en círculo, atados á los árboles, rumiaban el pienso de cebada y relinchaban mirando á sus dueños con sus brillantes ojos y saludándoles con su noble é inteligente cabeza.

El Cheik nos hizo entrar en el divan donde la fiesta tenía carácter más íntimo. Nos sentamos á lo largo de la pared, siguiendo el órden determinado por el padre, los hombres á un lado, y á otro las mujeres medio veladas.

La novia estaba más cubierta que nunca. Solo á la hora prefijada podía el novio contemplar su hermosura.

Este encendió un rico pebetero que pasó de mano en mano, aspirando cada cual su aromático humo, que impregnaba los sentidos con suave aroma.

Concluyó de dar la vuelta al divan el pebetero, y en el momento que llegó á manos de la novia, se oyó una señal atronadora.

Los tambores, trompetas y fusiles mezclaban sus sonidos, y juntos formaban un ruido tan compacto, que solo el agudo falsete de las viejas era capaz de oirse, como en efecto se oía, por encima de los instrumentos, de las voces y de los tiros.

Después de esta salva, que duró un minuto, callaron con tal precision, como si fueran dirigidos por un maestro de orquesta.

Un jóven se adelantó con paso lento al medio del divan. Tenía estatura gigantesca, rostro bello y descarnado, y ojos brillantes, bajo grandes y pobladas cejas. Un cinturón de cuero rojo apretaba el machlah por encima de los riñones, y un turbante verde, puesto con gracia, le cubría la cabeza.

Era el orador y el poeta del pueblo.

Toda aldea árabe tiene un poeta y orador oficial, que toma la palabra en las ocasiones solemnes y ceremonias públicas.

Acercóse el bardo á la novia, llevó su mano á la frente inclinándose tres veces delante de ella, estuvo en meditacion algunos minutos, dirigió una mirada á la reunion para inspirarse, y después de un saludo en que la música cogía todas sus flores en los jardines de la poesía oriental, empezó su epitalamio; poesía en estrofas de doce versos, celebrando las virtudes, riqueza y timbres de las dos familias en general y de cada una en particular.

Hablaba enfáticamente, pero con voz clara y serena, marcando el ritmo, descendiendo al final de cada verso, y parándose de estrofa en estrofa á respirar y á dar tiempo para que le aplaudiesen.

Concluyó el yate su discurso con esta alegoría encantadora:

«Un labrador plantó dos vides junto á la pared del jardín.

»Estas dos cepas, jóvenes y vigorosas, echaron raíces en la tierra agradecida.

»Pasó el invierno, vino la primavera.

»El labrador vino á ver su viña, y notó que las vides se habían unido enlazando los pámpanos.

»Así ha hecho el que nos convida á este festin. Ha aproximado en su casa dos corazones jóvenes y llenos de vida que se apoyaron el uno en el otro.

»Que el sol de la felicidad jamás se oscurezca para ellos!

»Estas dos vides gemelas han enterrado sus raíces en la alegría y extenderán á lo lejos sus poderosas ramas.

»Cuando vino el estío con sus rayos de fuego, perdieron las cepas su verde follaje; pero siempre enlazadas, pronto se cubrieron de dorados racimos.

»Así estos dos corazones, bajo el rayo de la dicha, producirán flores de ternura y frutos de amor!»

Al terminar el poeta estas últimas estrofas, se dejó caer en tierra como vencido por el cansancio.

Todos los que habían sido encomiados por él en su discurso, le rodearon. Al instante se reanimó con la dulce rociada de elogios que cayó sobre él de todas partes.

En seguida los orados derribaron las mesas al suelo (de este modo comen los drusos), y colocaron en cada pié un gran plato, único que servía para los manjares más abundantes y escogidos. Las frutas y los dulces alternaban con las carnes y legumbres; de suerte que constituían una serie de comidas que no acababan nunca.

Quando el hambre empezó á calmarse, un amigo del marido, que hacía de maestro de ceremonias, pasó entre los diversos grupos, rociándolos con agua de rosa para refrescar y perfumar el ambiente.

Siete jóvenes, con las túnicas cortas y las piernas al aire, entraron en el salon. Era el cuerpo de baile de la montaña, que nunca se saca de entre las mujeres, como en el Cairo y Damasco.

Avanzaron poco á poco con movimientos dulces y acompasados, precedidos de su corifeo, y desfilaron de dos en dos por delante de la desposada, saludándola respetuosamente.

La música preludiaba con cuatro pequeñísimas flautas unisonas; acompañadas del tarbouka que marcaba el compás, produciendo una melodía, que al principio agrada y luego acaba por conmovér.

Los danzantes escuchaban en silencio é inmóviles en medio del salon.

Uno de ellos, con los brazos abiertos, empezó á dar vueltas con lentitud, que fué acelerando poco á poco hasta precipitarse en un torbellino.

Toda la banda le imitó.

Era curioso ver cómo volteaban estos hombres vestidos de blanco con los brazos en cruz, caída hacia la espalda la cabeza, los ojos medio cerrados, la boca entreabierta y vaga sonrisa en los labios.

El movimiento de semejante baile tiene un no sé qué de agradable y mágico que produce vértigos.

El jefe se paseaba entre los grupos, acelerando ó sosteniendo el compás con las palmas de la mano.

Luégo de un intermedio y una segunda procesion de dos en dos, empezó por segunda vez el baile acelerado y con más ardor.

Hubiera sido imposible contar el número de vueltas que cada uno daba por minuto.

Como sus alas los pájaros, levantaban y bajaban los brazos de tiempo en tiempo. Ligera espuma blanqueaba y humedecía sus rojos labios; la cabeza hacia atrás; los párpados batiendo las pestañas; las pupilas vueltas, perdiéndose en el infinito, no les dejaba ver más que el blanco de los ojos: cuando echaban la cabeza sobre el pecho, parecían rendirse bajo el peso de una voluntad sobrehumana.

Agotadas las fuerzas, iban cayendo en una postracion invencible.

El corifeo avanzó al medio de la sala: todas las miradas se fijaron en él. Los que no habían encontrado sitio en el salon, se encaramaban en las puertas y escalaban las ventanas.

Después de dirigir al cielo una mirada lánguida y tierna, doblándose por la cintura, puso con gracia los brazos como una copa antigua, desarrolló el largo kousfich rojo y negro, que á manera de turbante tenía ceñido alrededor del tarbouk, y á la música que callaba le hizo la señal de empezar.

Sus primeros pasos fueron lentos y medidos con maravilloso compás; pero pronto la música precipitó sus acordes, arrastrando al danzante en su imperioso movimiento, quien siempre sobre sí, dominando su fogosidad, empezó á describir en estrofas de posturas y piruetas todo un poema de amor.

Viva persecucion, vana huida, súplica triste, tímida ceguedad efusion de alegres placeres, todo fué representado con exactitud en el gesto, en mimica digna del artista.

Pronto su respiracion se hizo fatigosa: un sudor frío caía en argentadas perlas por las puntas de sus cabellos, barba y cejas; la palpitation se dejó sentir más violenta en su pecho, y sus miembros temblaban como agitados por una fuerte convulsion.

Una borrasca de notas musicales le arrastró como á la hoja del huracan.

Rendido y jadeante, reunió por fin las poquísimas fuerzas que le restaban para hacer el saludo en toda regla, refiriéndose al ex-

tremo de la habitacion, donde sus compañeros le rebosaron en una gran manta.

La alegría estaba esparcida por todas partes, lo mismo dentro que fuera, en los patios como en los salones.

Los hombres cantaban sin acompañamiento y bailaban entre sí al són de los tambores. Los jóvenes ensayaban ejercicios de fuerza y ligereza, como nuestros antiguos luchadores, haciendo alarde de la resistencia y flexibilidad de sus músculos para alcanzar los elogios de las bellezas del pueblo, que agrupadas sobre el terrado les enviaban nutridos aplausos.

En medio de este general regocijo, sólo la desposada estaba triste.

(Se concluirá.)

LA MUJER.

MISCELÁNEA

Es la mujer confusion, es batalla perdurable, es escorpion insaciable, es cola de un escorpion, es naufragio del varon, es un sepulcro dorado, es un continuo cuidado, es la carga más pesada, es la muerte trasformada, y es el centro del pecado.

Es una forma engañosa, es una desdicha cierta, es del infierno la puerta, es una espada mañosa, es pelea peligrosa, es del mundo enfermedad, es perpétua tempestad, es un adornado engaño, es un lamentable daño, y es la suma enfermedad.

Es de la muerte motivo, de los placeres ladrona, de las infamias patrona, de las guerras incentivo, de las ficciones archivo, de los escándalos vida, de las torpezas guarida, de los amores suplicio, de los gustos sacrificio, y de los diablos comida.

De la paz es turbacion, del adulterio cimiento, de la iglesia impedimento, de la bolsa evacuacion, del dinero inquisicion, de la soberbia raudal, de los vicios mineral, de la virtud enemigo, de las maldades abrigo, y principio y fin del mal.

FR. DIEGO JOSÉ DE CADIZ.

METODO ABREVIADO

PARA CALCULAR INTERESES QUE ESTÁ EN USO EN TODOS LOS BANCOS.

Cualquiera que sea el interés, se multiplica el capital por el número de dias, y en seguida se practican, segun los casos, las operaciones siguientes:

INTERÉS 2 por 100.— Se saca la 9.ª parte del producto, y de ésta la mitad. Se separa la última cifra, y el resultado da en centavos el interés que se busca.

INTERÉS 3 por 100.— Se saca la 6.ª parte del producto, y de ella la mitad; y, separando de ésta última una cifra, se tiene en centavos el interés que se busca.

INTERÉS 4 por 100.— Se toma la 9.ª parte del producto y se separa una cifra.

INTERÉS 5 por 100.— Se saca la 9.ª parte del producto, y de ella la 4.ª; se suman 9.ª y 4.ª, y se separa una cifra.

INTERÉS 6 por 100.— Se saca la 6.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 7 por 100.— Se saca la 6.ª parte, y de ella la 6.ª; se sumarán ambas, y se separa una cifra.

INTERÉS 8 por 100.— Se saca la 9.ª parte, se multiplica ésta por 2, y se separa una cifra.

INTERÉS 9 por 100.— Se saca la 4.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 10 por 100.— Se saca la 6.ª parte, y de ella otra 6.ª; esta última da el resultado.

INTERÉS 11 por 100.— El mismo procedimiento anterior, aumentando el resultado con un 10 por 100.

INTERÉS 12 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 13 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 14 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 15 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 16 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 17 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 18 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 19 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 20 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 21 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 22 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 23 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 24 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 25 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 26 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 27 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 28 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 29 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 30 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 31 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 32 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 33 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 34 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 35 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 36 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 37 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 38 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 39 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 40 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 41 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 42 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 43 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 44 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 45 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 46 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 47 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 48 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 49 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 50 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 51 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 52 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 53 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 54 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 55 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 56 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 57 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 58 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 59 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 60 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 61 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 62 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 63 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 64 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 65 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 66 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 67 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 68 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 69 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 70 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 71 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 72 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 73 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 74 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 75 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 76 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 77 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 78 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 79 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 80 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 81 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 82 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 83 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 84 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 85 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 86 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 87 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 88 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 89 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 90 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 91 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 92 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 93 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 94 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 95 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 96 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 97 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 98 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 99 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 100 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 101 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 102 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 103 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 104 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 105 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 106 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

INTERÉS 107 por 100.— Se saca la 3.ª parte, y se separa una cifra.

